

el Corresponsal de París
Hoja autógrafo diaria.

Servicio de la prensa española

Redac.^{ón} y Admón.
37 y 39 rue Maubeuge
París.

París 3 de Diciembre de 1888.

Suplemento.

x Sumario: "Una preocupación social" (conclusion)
por D. Güell Mercader = "Un drama en tiempo de Ca-
talina II" (continua^{ón}) por el príncipe Lubomirski = "Pi-
ma" por Santiago de Mena. = Miscelánea.

Una preocupación social. (conclusion)

La sociedad no considera deshonrado al hombre cuya mujer
ha cometido un delito de los que más duramente la ley
castiga, y esta misma sociedad desprecia al desgraciado que
el error o la fatalidad le ha unido a una mujer que fal-
ta a sus deberes de esposa. Caiga el desprecio público sobre
el infame que a sabiendas abdica de sus derechos; pero ¿don-
de está la justicia en esa sociedad cruel que arroja su des-
precio a la faz del hombre digno y pundonoroso en todo,
pero que víctima de una confianza ciega que el amor y
los buenos sentimientos a menudo inspiran, es engañado;
o lo es también porque, constantemente ocupado en gra-
ves tareas, o empeñado en la horrible lucha por la existen-
cia, trabajando para ganar honradamente el pan de sus
hijos, no tiene ni humor ni tiempo para estar en acecho
contra los lazos que a la debilidad de su esposa tiendan los
inimigos que luego le vituperan? El hombre puede y
debe considerarse ofendido por las ofensas inferidas a su es-
posa y de ellas ha de defenderla y hasta vengarla, porque
ella es la compañera de su vida y la madre de sus hi-
jos; pero esto no significa que en la mujer vea el hombre
otro yo, y considere como por él cometidas las faltas que

ella coneta. Por más que se enaltezca y glorifique el poder del amor y la santidad del matrimonio, no debemos de ser románticos y desvariados, hasta el punto de abdicar de nuestra personalidad, ó miseramente confundirla con otra. El hombre es lijo de sus obras: pensemos en todos los casos de la vida en consonancia con este gran principio que informa cuantos adelantos hácia la igualdad política y social se han operado en nuestro siglo, y acabemos de una vez para siempre con esa solidaridad que se atribuye al marido en el adulterio de su esposa; preocupación tan irritante, tan ridícula, pero de mayores y más funestas consecuencias que aquella que antiguamente transmitía a los lijos la infamia del padre por la justicia social ó por la opinión pública fulminada.

Considerarse el marido deshonrado por la deshonra de la esposa es simplemente absurdo; matarla en castigo de su falta es á todas luces y bajo todos los aspectos bárbaro; batirse con el seductor ó con el adúltero es de todo en todo ineficaz y exponerse á añadir una desgracia á otra desgracia; matar á éste es un delito moral y socialmente considerado. — ¿Qué hacer, pues? Tener el valor necesario para sobreponerse á la funesta preocupación social que supone el honor de un hombre digno á merced de la liviandad de una mujer; desecharla reminiscencia caballeresca y feudal de que las manchas del honor solo con sangre se lavan; pensar que la muerte dada á un malvado pesa en la conciencia, porque al fin el malvado es un hombre, un semejante nuestro; despreciar á los culpables, huir de ellos, abandonarlos al brazo de la justicia, y, si este aparece desarmado, al torcedor martirio de los remordimientos.

Este razonamiento podrá no convencer á todos; pero es la solución única al problema, porque es la única racional, la única digna del hombre en los tiempos que alcanzamos.

J. Giell y Mercader.

Un Drama en tiempo

(23)

De Catalina II.

(Novela por el principe Lubomirski)

*

(Continuacion)

— ¡Ah! - exclamó Alina llena de furor. - ¿Una locura? Por lo tanto, cuando os arrojasteis á mis piés dándome el título de ma-
gestad, y cuando me jurasteis fidelidad á toda prueba, os burlasteis
de mí.

— Os aseguro....

— No, no me asegureis nada. Ya os conozco y sé lo que valeis. Ha-
beis querido hacerme caer en una celada; engañarme y hacerme
traicion...

— Os juro, señora...

— Ya no doy crédito á vuestras palabras ni á vuestros juramentos. Yo
no os pedía nada y vivía feliz y tranquila: ¿Por qué vinisteis á tur-
barme con vuestros apetitos de grandera? Os habeis burlado indigna-
mente de mí, y Deberia disponer que mis criados os arrojaran de
esta casa.

La princesa estaba radiante de hermosura. La indigna-
cion hacia brillar sus grandes ojos negros, y su pecho se agitaba
precipitadamente.

Ladislao, que se arrastraba á sus piés, exclamó entonces:

— Declaro que, en efecto, sois la heredera de Isabel.

— ¿Y en este caso ¿por qué os habeis retractado?

— Porque os amo y porque no quiero que os separeis de mi lado
ni un instante. ¿Qué nos importa la corona? ¿Hay en el mundo
algo comparable á un verdadero amor?

— ¡El trono! - contestó Alina con altivez.

— Es muy difícil conquistarlo, - repuso Ladislao. - Todo se con-
jura contra nosotros. El cardenal os niega su proteccion; el Papa no
quiere oír hablar de vos; Radzivil ha salido para Polonia con ob-
jeto de hacer levantar el secuestro que pesa sobre sus bienes; Lin-
bourg os ha abandonado, y, finalmente, habeis agotado ya todos
vuestros recursos pecuniarios. Seguid, pues, mis consejos. Abando-
nad esos proyectos, y partid conmigo.

— ¡Nunca! ¿Pero cómo os atreveis á hablarme así? Recordad
que despues de haber encendido en mi pecho el fuego de la am-
bicion, quereis apagarlo de improviso. Además ¿cómo es posible que
os crea? La noble ambicion, el recuerdo de vuestra patria, á la que

tanto amabais en otro tiempo, nada significan ya para vos. Pues, bien. Mañana sucederá lo mismo con ese amor apasionado que hoy me ofrecéis.

- Señora....

- Detesto á las gentes que cambian de parecer de la noche á la mañana. Jamás se está seguro de ellas. He abrigado ya el deseo de ser emperatriz de Rusia, y quiero que se realice mi propósito. Si no queréis contaros entre el número de mis partidarios, retiráos, y no os volveré á ver. Ya sabéis que nunca os he amado....

El tono de Alina no admitía réplica.

Ladislao, pálido de ira, lanzó á la princesa una mirada terrible, y exclamó:

- Está bien, señora, partiré; pero no por eso os abandonaré ni dejaré de protegeros. Y tened entendido que tampoco puedo transigir con que deis rienda suelta á vuestras pasiones, porque os amo y no quiero que pertenezcáis á otro hombre.

Ladislao salió de la habitación, y Alina entró en su cuarto.

- Ya me habían dicho - pensaba - que no me fiara de esos polacos. Los unos me venden, los otros me olvidan y todos me abandonan. Estoy sola y no sé lo que va á ser de mí. Carezco de dinero y los acreedores no cesan de perseguirme. Ya no soy, por lo tanto, más que la aventurera de Londres, de París y de Berlín, y quizá me encarcelarán mañana como á Rochefort. Liubburg no se acuerda ya de mí. Radziwill ha partido y Ladislao quiere obligarme á que le ame. En vez de una corona, de un trono, de una turba de cortesanos, y de una innumerable multitud de súbditos, no veo en mis sueños de porvenir más que el desprecio, la miseria y el abandono. ¡Dios mío! ¿Por qué no permanecí en aquel oscuro rincón de Alemania, donde iba á ser proclamada princesa soberana?

Dejóse caer entoncez sobre una silla, y sus ojos vertieron abundantes lágrimas que rodaron por sus mejillas.

- ¡No importa! - exclamó después. - Lucharé sola... y no me faltarán partidarios. Europa sabe ya que soy hija de Isabel, y esos traidores que me han abandonado no podrán retractarse....

Una camarista entró en aquel momento e interrumpió el curso de las reflexiones de Alina, diciendo:

- Señora, el herido está delirando; habla una lengua desconocida y no sabemos qué hacer.

- Está bien, - contestó Alina. - Seguidme.

(Se continuará.)

Rima.

*
 Quisiera hacer collar con mis dos brazos,
 Y colgar del collar mi corazón,
 Y despues colocarlo en tu garganta,
 Como prenda de fiel y eterno amor.

* * *
 Y para retratar tu blanda risa
 Y los colores de tu hermosa faz,
 Quisiera hacer espejo de mis ojos
 Y que en él te vieras a mirar.

* * *
 Y quisiera tambien nuestras dos almas
 Al fuego ardiente del amor fundir,
 Y hacer de ellas un alma que viviera,
 Sin partirse jamas, entre y en mi.

Santiago de Mena.

Miscelánea.

*
 Una mujer fué a quejarse a un capitán de que sus soldados le habian robado. - El capitán preguntó si le habian quitado cuanto tenia en su casa, y ella respondió que no.

- "Pues, entonces, no son mis soldados, - replicó con mucha sona el capitán -; porque estos no acostumbran dejar algo."

* * *
 Preguntaron a Milton la razon por la cual en ciertos países se puede investir al rey la corona a los catorce años, en tanto que no se le permite casarse hasta los diez y seis.

- "Eso depende de que es más fácil gobernar a un reino que a una mujer" - contestó el gran poeta.

* * *
 Decia una jóven a su amante, que era muy avaro:

- ¡Si vieras que sueño he tenido esta noche! Soñé que me regalabas un vestido.

- Anda, tonta - le dijo él - ¿quién hace caso de los sueños?

* * *
 - ¡Mira! - Decia un calavera a otro; - yo estoy siempre por los duelos a muerte; pero cuidado de nombrar padrinos a mis dos mayores acreedores, y siempre salgo bien librado.

X.

El correspondiente de París
Hoja autógrafo diaria.

Servicio de la prensa española

Redac.^o y Admón:
17 y 19 rue Maubeuge
Paris.

Año IV. ~ Núm. 584.

Paris 3 de Diciembre de 1888.

La situación.

Héla aquí, pues, ya pasada esa terrible jornada del 2 de diciembre, a propósito de la cual tanto habían torturado su imaginación los agoreros de todo género anunciando para ese día, con motivo de la manifestación de que ya tienen conocimiento nuestros lectores, los más estupendos e inverosímiles sucesos. Toda suerte de complots y de golpes de fuerza a guisa de golpes de Estado habían sido solemnemente augurados; todas las esquinas de las calles de París estaban llenas de terroríficos manifiestos en los que se conjuraba al pueblo a estar alerta y a rechazar cualquiera provocación que se intentara en el sentido antes indicado, viviera de donde viviere; en fin, todos los viejos accesorios del drama romántico habían sido para esta circunstancia sacados del polvo en que se hallaban envueltos y casi olvidados, después de los treinta y siete años transcurridos a partir del último famoso golpe de Estado. El ciudadano pacífico veía con terror como se pasaban los minutos que le separaban de esa jornada decisiva; el especulador, siempre atento a sus negocios, calculaba ya las consecuencias que aquella podría producir en el curso de la Bolsa; el audaz y el aventurero contaban ya con el producto de sendas pesadas milagrosas hechas por adelantado, en su imaginación, en el río revuelto y en las aguas turbias de la colisión anunciada. Vanos cálculos; esperanzas y temores tan ridículos como quiméricos. La jornada, la temida jornada del 2 de diciembre se ha concluido, y la tranquilidad y la calma más absoluta no han cesado de reinar un solo momento.

En París celebrábase, bajo la iniciativa del Consejo municipal,

el aniversario del dos de Diciembre. Esta glorificación del derecho contra la fuerza ha sido ciertamente importante aunque quizá le haya faltado algo de ~~ese~~ esplendor que muchos hubieran deseado, es decir, de esa emoción general que se experimentó en el todo - París cuando la muerte de Thiers, cuando la muerte de Gambetta, cuando los imponentes funerales de Victor Hugo o cuando, por primera vez después de la caída del imperio, se celebró la fiesta nacional del 14 de Julio. El número de manifestantes ha sido ciertamente considerable; se han dado muchos gritos - algunos, tal vez demasiado impertinentes y no muy legales, que digamos, lo cual no deja de ser contraproducente tratándose de una conmemoración de la legalidad; pero, a fuer de imparciales, hemos de confesar que, a pesar de haberse salido con la suya los iniciadores de la manifestación, en ningún momento se ha sentido en París - como se sintió en aquellas otras fechas que antes citábamos - esta corriente que hace palpitar todos los corazones al unísono y que impone a las divisiones y a las luchas de los partidos siquiera una corta tregua.

De todas maneras, y sin tratar de profundizar acerca de las causas verdaderas que han podido ocasionar este deslucimiento relativo de la manifestación de ayer - la cual después de todo, ha tenido una importancia indiscutible dando el momento histórico que atraviesa Francia - , lo cierto, lo positivo, es que el acto se ha llevado a cabo sin el más ligero desorden, y la jornada - como aquí se dice - ha confirmado plenamente las previsiones que formulábamos no ha muchos días en nuestra correspondencia. Digase lo que se quiera, la verdad es que los tiempos han cambiado, como también han cambiado las costumbres. Ya no hay que esperar ni que temer eso que antiguamente se conocía con el nombre de jornadas. Muchos creen que esto es debido quizá al indiferentismo político. No lo creemos nosotros así: los electores pueden mostrarse más o menos indiferentes en un momento dado, cuando se trata, por ejemplo, de la elección de un diputado que, sea cual fuere el banco de la Cámara donde vaya a sentarse, no ha de hacer inclinar la balanza ni modificar absolutamente en nada las fuerzas respectivas de los partidos; pero estamos convencidos que esta indiferencia cesaría el día en que un peligro positivo amenazara la República. Lo que se vio aquí en el célebre 15 de Mayo volvería a verse en Francia, y sobre todo en París, si el hecho se repitiera en idénticas o parecidas circunstancias.

Si hubo ayer esas jornadas que aparecen señaladas con tinta roja en la historia es que al lado de los electores censitarios y del principio monárquico, existía la gran masa de la burguesía y de las clases laboriosas, la cual, teniendo sus opiniones, estaba privada del medio legal de expresarlas y hacerlas prevalecer. Para hacer conocer sus sentimientos estaba entonces reducida o a organizar manifestaciones o a levantar barricadas.

Con la supresión del veto monárquico y del antagonismo que era siempre de tener entre la voluntad del soberano y la voluntad nacional, con el sufragio universal y la educación de ese mismo sufragio, las manifestaciones han perdido su importancia, y la gran masa del país no debe pensar ya más en pedir a una revuelta en la calle lo que tiene la certitud de obtener por medio del boletín de voto.

Y es por esto, porque este progreso se ha realizado en las costumbres, porque el más humilde de los ciudadanos tiene conciencia de la fuerza de que dispone con su boletín electoral, en una palabra, porque tiene el sentimiento de la libertad, que las jornadas de otro tiempo escaparse ya a toda prevision política y que las manifestaciones mismas carecen de utilidad inmediata. — Todo el mundo pudo ayer aperebirse de ello a propósito del aniversario de la muerte del diputado Baudin. Habíase evocado todos los recuerdos del Terror para alejar de la manifestación al pueblo de París, y el pueblo de París acudió a ella sino con el sentimiento y entusiasmo de otras veces para actos análogos y en circunstancias parecidas, a lo menos en proporción bastante significativa para que todo el mundo pudiera ver en ella la expresión del deber político estrictamente cumplido, haciendo caso omiso de ridículos augurios y despreciando por completo insensatas provocaciones e interesadas protestas.

Un documento. — Para que nuestros lectores, después de lo que decimos en las líneas precedentes, puedan juzgar con completo conocimiento de causa acerca de los manejos llevados a cabo a última hora para hacer fracasar la manifestación de ayer, vamos a publicar a continuación uno de los muchos documentos impresos que aparecieron en las primeras horas en los sitios públicos más importantes de París. El manifiesto iba impreso en papel rojo y lo firman los centros boulangistas más importantes de esta capital. Dice así textualmente:

"Al pueblo de París: El dos de Diciembre, al propio

tiempo que un recuerdo, es una enseñanza; de ninguna manera. Debe ser considerado como un trampolín. — Arrastrado los lamentaritas, arrastrando a lo largo de los boulevares el cadáver de sus especulaciones, van a depositar sobre la tumba de Baudin sus coronas y su balance."

"Después de diez años que detentan el poder, esta es la primera vez que se han acordado de honrar al héroe muerto en defensa de la libertad."

"Republicanos y patriotas, enemigos de toda dictadura, nosotros veneramos la ilustre memoria del hombre para quien nuestros amigos de la Cámara han reclamado los honores del Panteón."

"Pero en modo alguno nosotros sabíamos ni podríamos asociarnos a la manifestación electoral que han organizado algunos diputados y consejeros municipales que se encuentran en los últimos apuros."

"La sombra insultada de Baudin ha de sentirse ciertamente indignada al recibir ese interesado homenaje."

"Por pudor hacia la República, por respeto a nosotros mismos, nosotros nos abstendremos de seguir hasta el cementerio Montmartre al cortejo oficial que los cadetistas (alusión al comité radical de la rue Cadet) han reclutado."

"Ciudadanos: El gobierno busca una "jornada". Bajo el texto de salvar la República quiere repetir el 2 de diciembre en París. — Resistid a todas las provocaciones. Y si se produjeran desórdenes en la calle, a lo menos que sea solo el gobierno el que lleve entera la responsabilidad."

"Ciudadanos: ¡Honrad a Baudin, muerto por la República! Pero sepase que el pueblo de París no tiene ninguna necesidad de formar fila en una procesión gubernamental para probar que la capital de Francia es aun la ciudad de la libertad y de la Revolución."

"Viva Francia! Viva la República!"

— "La Liga de acción republicana. — La Federación revisionista republicana — Los Comités republicanos revisionistas de la Sena."

Ultima hora?

La guerra civil en Haití. — (New-York, 3) El capitán Rademaker del paquebot alemán "Prince-Frederic-Henri" ha traído noticias muy desfavorables relativas al estado de pacificación de la república haitiana. — El general Dlipolito parece que tiene ^{sin embargo} muchas probabilidades de ultimar victoriosamente su campaña contra las tropas del gobierno provisional.

(Boletín: 30/0 63' 15" = Dues: 2200 = Panamá: 202' 50" = N. España: 315)